

Leyendas e historias de la Sierra Sur de Jaén.

© ADSUR (Asociación para el Desarrollo Rural de la Sierra Sur de Jaén).
Edita: Asociación para el Desarrollo Rural de la Sierra Sur de Jaén.
C/ Egidio s/n, Valdepeñas de Jaén (Jaén), España.
Teléfono: 953 310 216. Fax: 953 311 451.
Página Web: www.adsur.es
Correo electrónico: adsur@adsur.es
Edición: Primera.
Fecha Edición: 23 de enero de 2013.
Depósito Legal:
ISBN:
Imprime: Gráficas Francisco del Moral, S.A.
Autovía de Andalucía, km 318, Andújar (Jaén).

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio físico o electrónico, sin la autorización previa y por escrito de los propietarios del Copyright.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Leyendas e historias de la Sierra Sur de Jaén.



Índice

Presentación.....	6
Prólogo.....	7
Introducción.....	8
Alcalá la Real.....	11
Por las Entretorres.	13
Vagando por Las Cruces.	17
La rota de la matanza.	21
La mora Cava.	27
Alcaudete.....	33
La Cruz del Humilladero.	35
La Fuente Zaide.	39
Muerte de un rey.	43
El rey mendigo.	47
Castillo de Locubín.....	51
“Castillo de locos vi”.	53
Origen de la Ermita de Jesús “la imagen quiso quedarse aquí”.	55
“Entre el río y el Salado, el tesoro del rey moro está enterrado”.	59
La cueva del Jabonero.	61
Frtales.....	65
El nombre de Frtales.	67
La leyenda de Juan de Arjona.	69
La cueva del tesoro.	71
Poblamiento y conquista de Frtales.	73
La conquista de Frtales por tropas alfonsinas.	75
Duendes, brujas y encantadas.	77
El valdepeñero y el borrego.	79
En Frtales se hizo bailar a la pava.	81

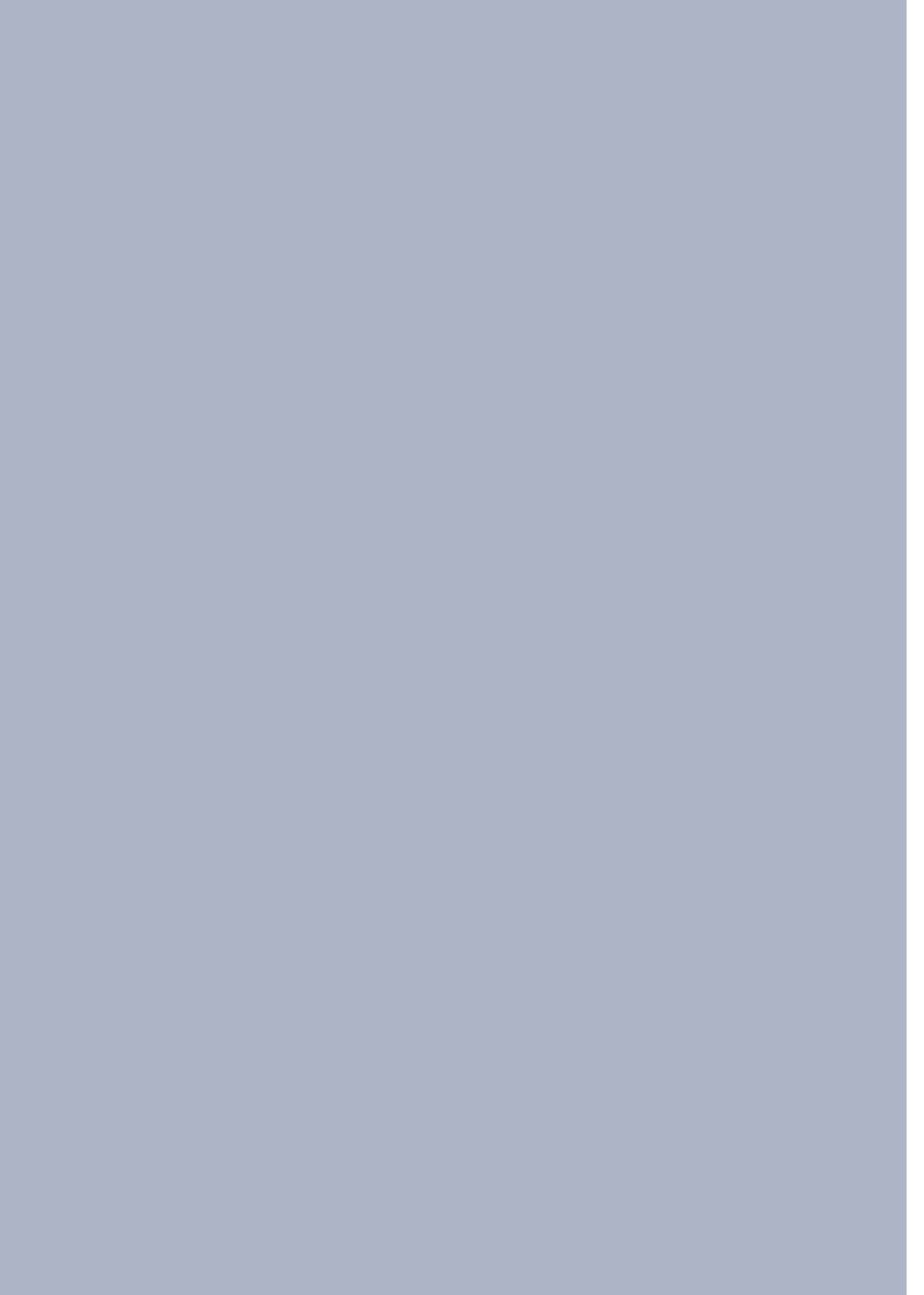
Fuensanta	83
Leyenda de “El Duende”.	85
Leyenda de “La Negra”.	89
Leyenda de “El Alojado”.	93
Leyenda del “Peñón del Ajo” de Fuensanta.	97
Jamilena	103
Frente al toro está el tesoro.	105
La devoción de la Virgen de la Estrella en Jamilena: herencia de la Reconquista.	107
La Casería Miles.	109
Martos	113
Leyenda del sacrificio de los Hermanos Carvajales.	115
Leyenda de Isabel de Solís.	119
Leyenda de doña Mencía López de Haro.	123
Torredelcampo	127
La leyenda del pasadizo/galería entre la plaza y la ermita de Santa Ana.	129
Leyenda del Cristo Yacente.	133
Valdepeñas de Jaén	137
El Cristo de Chircales.	139
La calle de las Ánimas.	141
Historia de los jilgueros.	143
Los Villares	147
El milagro de San Juan de la Cruz.	149
Una justicia ejemplar.	153
Agradecimientos	157



Fuensanta

Antonio Luis Bonilla Martos
Cronista Oficial de Fuensanta

Fuensanta



LEYENDA DE "EL DUENDE".



uentan que en otro tiempo hubo impresionantes calzadas de enormes piedras trazadas por civilizaciones antiguas que recorrieron estas tierras de un extremo a otro. Se abrieron amplias cañadas por las que transitaban rebaños de ovejas y cabras buscando pastos frescos con los que alimentarse. El campo florecía y los ríos dejaban discurrir alegremente sus aguas hasta desembocar en el enorme océano. Dicen que existieron pequeñas y serpenteantes veredas que cicatrizaban la piel de la tierra penetrando hasta lo más profundo de sus entrañas, abarrotadas de joyas, de monedas, de telas de seda y de tafetán bordadas con hilos de oro, cuevas en las que fantásticos tesoros enterrados relucían más que mil lunas, a la espera de que quienes allí los depositaron hallasen el momento propicio para volver a por ellos.

Fenómenos extraños e increíbles se repetían a menudo, la gente comenzó a contar historias mágicas en las que los espíritus vagaban libremente por el bosque, y el pánico cundió entre los viajeros, que dejaron de recorrer esos parajes. Con el paso de los años, el polvo y la vegetación fueron engullendo el camino hasta hacerlo desaparecer, las veredas fueron roturadas y las cañadas abandonadas, la tierra fértil se transformó en páramo, y el río apenas pasó a ser un arroyo. Todo quedó yermo y olvidado.



Tan solo en la memoria de unos pocos quedaron grabadas palabras de aquel tiempo contadas de generación en generación, al calor del hogar en las largas noches invernales, en que se rememoraba el increíble tesoro enterrado por los árabes en Fuensanta antes de partir al forzado destierro.

Recuerdo la voz grave de mi abuelo retumbando por toda la habitación, parodiando los sonidos que al parecer emitían al llegar la noche los espíritus errantes, mientras yo permanecía quieto bajo las frías sábanas de la cama, sin apenas moverme, aterido de frío y miedo, escuchando, sin querer oír, su narración, sobre aquellos seres mágicos e infernales que andaban por el bosque. ¡Duendes! decía, con toda la sonoridad que su voz le permitía. Son ¡duendes! volvía a repetir, intentando subir aún más el tono, para dar un toque de efecto.

Eran, a veces unos diminutos y graciosos personajes, que adaptaban mil formas, y se divertían cambiando las cosas de lugar, y gastando bromas a todos los viajeros que se atrevían a adentrarse por aquellos parajes, en cambio otras, aparecían como enormes y feos monstruos deformes que podían fulminar de un solo soplido a cualquier osado caminante.

Muchos fueron los que los vieron, y otros muchos los que no vivieron para contarlo, sus cuerpos dicen que yacen víctimas de encantamiento enterrados bajo montones de capas de tierra, en el interior de la fría cueva a la espera de que alguien rompa el maleficio.

Todavía hoy el lugar en que sucedió toda esta historia ha conservado el nombre de aquellos entes, y se conoce como “El Duende”.

Dicen que para saber en qué lugar se encontraba la cueva y no olvidarlo aunque pasasen los años, sus poseedores excavaron la entrada bajo una enorme encina de más de diez cuerpos. Con el tiempo el árbol se secó y bajo sus raíces podridas apareció un enorme pozo circular que se adentraba en el interior de la tierra, de lo que muchas personas del pueblo fueron testigos, pero nadie se atrevía a entrar en él, todos tenían miedo de su negritud y profundidad. Resultaba muy peligroso aquel agujero y los propietarios del terreno se apresuraron a taparlo para que no fuese a producirse algún accidente, pero de nuevo pasó el tiempo, y con él la memoria se pobló de lagunas, y volvió a olvidarse el lugar exacto en el que apareció.

Sin embargo, un caluroso día de agosto, de la década de los ochenta del pasado siglo, cuentan que la leyenda dejó paso a la historia, y dos hombres con rasgos orientales se dejaron ver en las plazas y calles de la localidad, preguntaban por el dueño de unas tierras conocidas como El Duende, deseaban que les permitiesen excavar en ellas, pero no llegaron a un acuerdo entre las partes, por lo que todo el mundo supuso que se habrían marchado.



Pero el destino a veces nos depara curiosas y gratas sorpresas y las piezas que parecían de varios rompecabezas de pronto, al girarlas de nuevo, encajan entre sí y resulta que pertenecen al mismo puzle.

Al parecer no había transcurrido mucho tiempo desde que se perdiese la pista de aquellos hombres, cuando hizo su aparición en el pueblo un arqueólogo, en principio hecho nada extraño si se tiene en cuenta que los restos arqueológicos abundan por la zona. Estaba realizando un proyecto de investigación y deseaba información sobre aquel lugar, El Duende, pues suponía que allí podía encontrar algún indicio de asentamientos antiguos. Muy amablemente algunos lugareños le indicaron el camino que debía seguir, e incluso se ofrecieron para acompañarle, propuesta que él rechazó.

Pertrechado de todos sus artefactos y enseres, mochila a la espalda, brújula en mano, cantimplora al cinturón, incluida la pequeña brocha para limpiar el polvo de los objetos, se encaminó hasta el lugar que le habían indicado. La zona en principio llana, se torna abrupta y escarpada, con abundancia de vegetación mediterránea. El sol se hallaba en su punto más álgido, y los rayos incidían directamente en sus ojos, a lo lejos a media ladera le pareció distinguir una enorme encina de más de diez cuerpos. Resopló varias veces, bebió agua, hizo una fuerte lazada en las botas y tomó aliento, sin pensarlo inició la subida, a medida que ascendía no conseguía vislumbrar el árbol, pasaban las horas y el sol estaba llegando a su cénit, buscaba, miraba, caminaba a izquierda y derecha, subía y bajaba, pero no era capaz de encontrarla, parecía tragada por la tierra. Mil pensamientos pasaron por su mente en aquel momento, pensó cesar en su búsqueda, tal vez el calor y el sol le habían producido un espejismo o ensoñación, -seguramente sería eso-, se dijo a sí mismo para tranquilizarse.

Un sonido grave bajo sus pies le trajo de nuevo a la realidad, las piedras sobre las que estaba sentado comenzaron a moverse, y su cuerpo comenzó a dar vueltas rodando entre ellas, hasta que todo cesó, una nube de polvo envolvía el lugar. Pasaron unos minutos hasta que se fue disipando poco a poco la neblina, intentó incorporarse pero sus piernas apenas le respondían, tenía magulladuras y moratones por todo el cuerpo pero afortunadamente seguía con vida. Sus ojos se fueron adaptando al lugar, era un sitio lúgubre, una enorme cavidad excavada en la tierra, sobre la que se apoyaba una enorme roca caliza, la sola contemplación de la galería que penetraba en el interior le produjo un escalofrío que le recorrió a lo largo de toda la columna vertebral. Desde donde se hallaba buscó con la vista en derredor suyo, tesoros, joyas,

telas pero no había nada, tan sólo montones de cascajos esparcidos por el suelo, pensó que tal vez aquellos hombres de rasgos orientales se llevaron todo. Su rostro pasó de la alegría al enfado, por un momento había pensado que la leyenda que se contaba en el lugar era cierta y que había encontrado la entrada que hubo bajo la encina y que llevaba hasta el tesoro enterrado por los árabes. Cogió uno de los cascajos y lo estrelló con rabia contra el suelo, volvió a coger otro y otro, y repitió la operación hasta caer exhausto. Su rostro magullado permanecía pegado a una roca, de pronto una chispa de luz brilló en sus ojos iluminando su rostro, se incorporó de un salto, como si nada hubiese sucedido, y corrió hasta el montón de cascajos, cogió uno y luego otro, los fue mirando uno a uno, buscó como pudo su mochila y guardó una muestra de ellos. Luego partió hacia el pueblo.

Al día siguiente temprano le vieron partir, viajó hasta el museo arqueológico más cercano, buscó al director, y le enseñó lo que llevaba en el interior de la bolsa, para ver si corrobora su opinión sobre lo que era todo aquel cascajo. Efectivamente, se trataba de fragmentos rotos de vasijas ibéricas, que fueron inutilizadas hacía siglos, sin quererlo había encontrado un santuario ibérico, un lugar sagrado, al que acudían los devotos en la antigüedad para hacer sus peticiones, mediante libaciones contenidas en las vasijas que escanciaban sobre la tierra, para darle fertilidad, y que posteriormente rompían y lanzaban sobre la falda de la montaña.

Estaba contento. No consiguió localizar el tesoro árabe pero en su lugar encontró algo más importante y espiritual, un lugar sagrado. Ahora se explicaba por qué desde siempre aquel lugar había sido conocido como “El Duende”.

Fuente: José Carrillo.



“El Duende”. Dibujo de Ignacio Bonilla Fernández.



LEYENDA DE "LA NEGRA".



Un bello remanso de agua cristalina se formaba en el interior de la pequeña cueva situada al final del frondoso bosque de caducifolias, que se extendía a ambas orillas del riachuelo. La tranquila superficie de la poza tan solo era alterada, de vez en cuando, por los continuos círculos que la recorrían de un extremo a otro producidos por el paso de aquellos diminutos insectos que se asemejaban a hidroaviones posándose suavemente sobre el agua con sus larguiruchas y delgadas patas negras abiertas. A pesar de la belleza del lugar nada de extraordinario parecía acontecer en su interior, y sin embargo, decían que allí ocurrían fenómenos extraños.

El agua brotaba a borbotones, evocando el nacimiento, la llegada a la vida, el difícil trance del viaje a través del oscuro útero materno al mundo exterior, representado en esta ocasión, por una oquedad en la roca caliza por la que iba saliendo el líquido para ir a parar al bello estanque de transparente fluido.

Aquel hermoso paraje fue tenido por sagrado desde la antigüedad hasta nuestros días, en que fue deificado como lugar de apariciones.

Una de aquellas raras historias que se contaban sobre el lugar decía que en otro tiempo vivía en Fuensanta, una familia de noble abolengo, propietaria de la mayor parte de las tierras, de las fuentes, de los ca-



minos, del ganado y de todo aquello de lo que pudiese extraerse algún beneficio. Tenían fijada su residencia en el lugar que denominan Cazalla, donde habían construido una enorme mansión en la que disfrutaban de una vida cómoda y placentera, rodeados de todo aquello cuanto deseaban y servidos por una corte de criados y sirvientes venidos de más allá de los mares.

Algunas de las tierras las tenían arrendadas a los campesinos, a los que extorsionaban y gravaban cada día más con las desorbitadas rentas que constituían una parte muy importante de los numerosos gastos a los que tenían que hacer frente. Debían pagar también altos tributos para que su ganado abrevara en las fuentes y nacimientos de su propiedad. Todo ello hacía que estas personas, padres de una numerosa prole, pasasen estrecheces y penurias.

No siempre la vida es justa, y a veces la naturaleza se ensaña contra los que menos tienen, cogiéndolos desprevenidos y arrastrándolos a su paso, sin que se pueda dar una explicación lógica a los acontecimientos. Uno de los fenómenos que más afecta directamente al hombre es el de los cambios meteorológicos que resultan imprevisibles y caprichosos. Durante varios años se padeció en todo el país una de las mayores sequías que se recordaban, los viejos decían que debía ser un castigo divino por los muchos pecados cometidos por la humanidad, las fuentes y los abrevaderos quedaron secos, las tierras yermas e improductivas y el ganado sin pastos para comer. Los campesinos y sus hijos enfermaban, y muchos de ellos morían víctimas del hambre y de la miseria en la que se encontraban, faltos de medicinas con las que poder tratar la enfermedad y de comida con la que paliar la hambruna que sufrían.

De todas las fuentes y nacimientos que se encontraban en el territorio de la localidad, tan sólo seguía manando agua en abundancia de una de ellas, el resto se había secado por completo. A ella acudía todos los días una joven criada negra provista de un cántaro de barro, para llevar el agua fresca hasta la mesa de sus señores que eran los dueños de aquel manantial de vida. A los campesinos les estaba vetado su uso, puesto que no disponían de los recursos económicos necesarios para abonar el canon que les exigían para poder utilizar el agua, al haberlos empleado en el pago de las rentas que gravaban el uso de las tierras, por lo que no podían plantar, ni dar de abrevar al ganado. La criada de corazón noble y bondadoso, sufría en su interior con todo aquello, por lo que no pudo evitar apiadarse de los pobres e infelices campesinos ante tan lamentable y difícil situación. Pensó que debía urdir un plan o alguna argucia o artimaña que le

Leyenda de "La Negra"

permitiese sacar agua a espaldas de los dueños.

Aprovechaba, las noches de luna clara, cuando todavía no había amanecido y el alba lleva poca luz consigo, y los cuerpos aún permanecen separados de sus sombras, para dirigirse montada en una pequeña mula hasta la fuente, en donde llenaba grandes cántaros de agua que escondía entre los serones tapándolos con ramas frescas de olivo, para depositarlos a las puertas de las casas de los campesinos, que los recibían como un regalo del cielo, gracias al cuál podían seguir viviendo.

Las sequías, afortunadamente, no duran toda la vida, y ésta al igual que otras pasó



"La Negra". Dibujo de Pedro Portillo López.



más tarde que pronto, pero en el recuerdo de todos quedó la bondad de aquella señora de noble y bello corazón, que dio la vida a tanta gente.

Cuando llegó la hora de su muerte, las muestras de cariño y de afecto de todo el pueblo no se hicieron esperar, uno a uno todo el mundo fue pasando por su lecho mortuario para agradecerle tan maravilloso acto. Las calles del pueblo se llenaron de hombres, mujeres y niños que acompañaron su féretro hasta su última morada.

Con el paso de los años la gente murmuraba en las calles y una historia comenzó a circular, pasaba de boca en boca de unos a otros, había quien aseguraba, que muy de mañana cuando aún no había amanecido y la aurora es como una paleta de pintor en la que los ocres y los dorados del sol comienzan a mezclarse irradiando una leve luz por el inmenso cielo, se veía a una señora negra sacando agua de la fuente y vertiéndola en grandes cántaros de barro.

En honor a la criada negra y a esta historia, que muchos aseguran que sucedió de esta forma, se bautizó a la fuente con el nombre de “Fuente de la Negra”.

La Fuente de la Negra constituye, sin duda, el elemento más representativo de Fuensanta, su característica y bella imagen del agua surgiendo bajo la roca evocan el correr del fluido vital por las entrañas de la tierra, como si fuese la propia sangre discurriendo a través de las venas, para brotar al exterior del mundo llena de fuerza renovadora.

Ha sido tal la importancia de esta fuente a lo largo de la historia, que le dio su nombre al pueblo que se fue formando a su alrededor “La Fuensanta”, al que abastece de agua, ocupando un lugar privilegiado en la localidad ya que todo gira en torno a ella.



LEYENDA DE "EL ALOJADO".



La decadencia se había adueñado finalmente de nuestro país, tras siglos de auge y florecimiento, el que fuese el mayor Imperio sobre la tierra, la llamada con razón reserva cristiana de Occidente, daba sus últimos coletazos, caía como un castillo de naipes, y se desvanecía irremediabilmente en una lenta agonía que se había prolongado durante más de dos siglos, apenas unas pocas colonias constituían las posesiones de ultramar de este gigante con pies de barro, eran el reducto de un Imperio que se había extendido por los cinco continentes, del que apenas restaba nada, y ahora estaba a punto de perderse.

Los intelectuales reflejaban en sus obras la difícil situación por la que atravesaba nuestro país, se notaba el dolor y la frustración, el pesimismo generalizado se extendía, reinaba y se hacía patente a cada paso en toda la producción literaria de lo que se dio en llamar la generación del noventa y ocho. La situación se tornaba día a día cada vez más difícil e insostenible.

Un halo maléfico se cernía sobre el oscuro cielo de nuestro país, la decadencia social, política y económica, había alcanzado su punto más álgido, se hacía notar en todos lados, en cualquier esquina de las pobla-



ciones de este país. La agricultura, el sector que empleaba a más gente, se resquebrajaba bajo sus estructuras arcaicas, pendientes de una reforma agraria en profundidad.

Como colofón a este nefasto estado de cosas, nuestras dos últimas colonias de ultramar, Filipinas y Cuba, iban a pasar a manos yanquis, a causa de la vil maniobra urdida por los americanos, que achacaron injustamente a los españoles la explosión del barco de bandera estadounidense Maine en el puerto de la Habana, para legitimar la declaración y el comienzo de una guerra desigual, en la que nuestros vetustos barcos, eran como cáscaras de nueces frente a los acorazados enemigos que los hacían volar por los aires en mil pedazos sin posibilidad de defensa.

Esto sucedía en el año de Nuestro Señor de 1898, de ingrato recuerdo en nuestra memoria. Todo el glorioso pasado de nuestra Patria quedaba atrás y ahora se abría un horizonte incierto.

A pesar de la trágica y difícil situación por la que estábamos atravesando, nuestros hombres venidos de ultramar eran considerados como verdaderos héroes, apenas un puñado de soldados había sobrevivido en Filipinas, y continuaron luchando mucho tiempo después de que la guerra finalizase, nadie se preocupó de hacerles llegar el comunicado de rendición. En Cuba la situación no fue mejor, desde allí llegaron más soldados, pero su aspecto era igual de lamentable, demacrados, hambrientos y con la moral desecha marchaban cabizbajos, eran conscientes de que su esfuerzo, pagado con la sangre y la vida de muchos de sus compañeros, no había servido para nada, y pudo evitarse.

Ahora, llegaba la parte más dura, adaptarse de nuevo a vivir en familia, intentando olvidar el horror del que habían sido testigos.

Entre los que retornaban se hallaba un soldado de noble condición que mil veces demostró su valor y gallardía en los combates y escaramuzas libradas contra el enemigo. Cansado y abatido regresó a España con el firme propósito de olvidar y dedicar el resto de su vida al sosiego y a la paz, junto a sus familiares y amigos, disfrutando de la calma y de la quietud del campo. Deseaba encontrar un equilibrio espiritual y olvidar el horror y el olor de la muerte.

Era costumbre, moral y cívica, en esta época, proporcionar de forma altruista, alojamiento y comida, allí adonde lo solicitasen, a los soldados que habían regresado de aquellas lejanas tierras allende los mares y que carecían de todo tipo de bienes, razón por la que se les conocía con el hombre de alojados.

Aconteció, que a finales de agosto de tan nefando año, uno de nuestros soldados herido

Leyenda de "El Alojado"

en el rostro por disparos de metralla en acto de servicio, que daba más pena que gloria verlo, hizo su entrada por la calle principal del pueblo.



"El Alojado". Dibujo de Gabriel Gómez Almenzar.

La voz corrió de boca en boca por toda la localidad como un reguero de pólvora. La algarabía no se hizo esperar, enseguida se formó una comitiva, desde el ayuntamiento para darle la bienvenida constituida por lo más granado de la localidad, el alcalde, el médico, el farmacéutico, las autoridades militares, el maestro, el cura y por supuesto toda la pillería del municipio. No debió de causarles demasiada buena impresión el aspecto del soldado, que parecía más un haragán que un héroe, y la seriedad y alegría del populacho no tardó en tornarse decepción y mofa.



No hizo caso el soldado a tan desafortunado recibimiento, y sin prestar atención a los comentarios y murmullos que oía a su alrededor se dirigió a una casa de la localidad, con la pretensión de ser alojado. Llamó, con un fuerte aldabonazo, a una ajada puerta desgasta por los rayos de sol y falta de una buena mano de pintura. No tardó en presentarse una agitada señora ya entrada en años, viuda y madre de un hijo que dio la vida por la Patria en Cuba, lo recibió con satisfacción, brindándole una cordial acogida y disponiendo la casa para su entera comodidad.

Ella se sentía satisfecha de tenerlo allí, pues le recordaba en muchos gestos a su hijo, y en parte llenaba el gran vacío que sentía en su corazón. Sin embargo, pasaban los días, y el alojado no parecía tener propósito de partir, dando buena cuenta de la hospitalidad que se le ofrecía. Ante tan prolongada estancia, mientras ambos compartían la cena en la pequeña estancia destinada a comedor, la señora, aprovechó un instante de silencio para interrogarle sobre los proyectos que tenía para el futuro, al tiempo que le decía que aún era una persona joven y que podía rehacer su vida, ya que aunque no estaba totalmente curado las heridas sufridas en su rostro presentaban mejor aspecto y todo sería cuestión de tiempo. Le preguntó sobre su familia y sobre el porqué no la buscaba para estar con sus seres queridos. Él le respondió que todo lo que tenía que buscar ya lo había encontrado.

La dueña no parecía muy satisfecha con las respuestas del alojado, le parecían extrañas y misteriosas, por lo que llena de estupor y consternación volvió a increparle y en esta ocasión no pudo evitar, que los ojos se le humedecieran al recordar a su difunto hijo, muerto apenas cuando comenzaba a vivir en aquella maldita guerra que tan lejana y ajena le resultaba. Le preguntó si llegó a conocerlo, y si alguna vez coincidió con él, en el mismo campamento.

El alojado con el rostro cabizbajo, había permanecido callado durante todo este tiempo, ahora todo su ser se estremecía, sus ojos, apenas visibles bajo la venda que cubría su rostro, aparecían húmedos, embargados por la emoción, de repente comenzó a llorar como un niño, y levantándose de la silla en la que estaba sentado, se dirigió hasta donde se encontraba la señora, tendiéndole los brazos, la llevó hasta sí, para fundirse con ella en un fuerte abrazo, al tiempo que le decía, ¿pero madre cómo no me has reconocido en todo este tiempo? Yo soy tu hijo el que creías muerto, que he vuelto para no separarme nunca más de ti.

Fuente: Antonio Estrella.



LEYENDA DEL "PEÑÓN DEL AJO" DE FUENSANTA.



Mientras alguien recuerde mi nombre mi alma no habrá muerto, seguirá viva esperando ser liberada, me llamo Mayid, y no cumplí con la promesa de volver, aún permanezco vagando entre las sombras de las tinieblas y apenas han pasado cuatrocientos años desde que todo sucedió. ¿Y qué son cuatrocientos años ante toda una eternidad? ¡Qué Alá me proteja!

Doy fe ante Alá y mis hermanos que todo lo que aquí contare sucedió de esta forma en el año 1015 de la Hégira cuando los cristianos incumplían las promesas que hicieron al último de nuestros reyes, aquel al que los infieles bautizaron como el Chico, y al que su madre, ante la irreparable pérdida de un reino, le increpó diciendo *"llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre"*.

Si de mis labios saliere verdad que Alá me acoja en el Paraíso y me reserve un lugar junto a los santos hombres, más si mintiere o no cumplierse alguna de mis promesas, caiga sobre mí su maldición y hágame errar por la tierra, sin paz ni consuelo, hasta el último de mis días. ¡Alá es grande!



Después de que los Reyes Católicos conquistasen Granada, el último reducto musulmán en la península, la que fuese perla de Occidente y paraíso terrenal, muchos de nosotros debimos escoger entre partir al destierro o abjurar de todo aquello que considerábamos sagrado, de nuestras costumbres, de nuestra indumentaria, de nuestra religión y hacernos a la fe de los cristianos en la que no creíamos, para poder conservar casas y enseres en esta tierra que era más nuestra que suya. Por esta razón, a los que permanecimos nos llamaron moriscos, y aunque habíamos aceptado su fe, seguíamos conservando la de nuestros antepasados a los que honrábamos. A pesar del dolor que ello nos causaba, aceptábamos con alegría nuestra vida, y todos los días alabábamos y ensalzábamos a Dios, dándole gracias, una y mil veces, por habernos permitido vivir en la tierra de nuestros padres, y la de los padres de sus padres, y así durante muchas generaciones que no habíamos olvidado y que llevábamos escritas en nuestra memoria.

Pero la paz y la felicidad no duran eternamente, el hombre es de corazón duro y de mente frágil y olvidadiza, por ello no había pasado mucho tiempo desde que algunos de los nuestros decidieron partir, cuando rugieron tambores de guerra en las Alpujarras, los moriscos nos sublevamos antes las continuas ofensas y oprobios a que éramos sometidos, calculamos mal nuestras posibilidades, sonidos de cañones rasgaron el silencio del campo y gritos de dolor llenaron la quietud de la noche, la resistencia fue débil, ejércitos pertrechados y preparados nos atacaron y pronto fuimos vencidos. Nos aplicaron leyes más restrictivas y nos sometieron a nuevas privaciones que aceptamos con resignación, humillándonos y así permanecemos apenas media centuria.

De nuevo una nube negra se cernía sobre nuestras cabezas, transcurría el funesto año de 1609 de la Redención de nuestro Señor, cuando reinaba en España y todos sus Territorios de ultramar, su Altísima y Serenísima Majestad Felipe III, aquel al que llamaban “El Piadoso”. Despreocupado por el gobierno del país, al igual que harían muchos de sus descendientes en años venideros, había dejado el poder en las sucias y manchadas manos del insaciable Duque de Lerma, el hombre más despiadado y sanguinario de cuantos hayan poblado esta bendita tierra.

Vivía durante este tiempo un morisco de nombre Harúm, hijo de Akbar, aquel al que llamaban “El Comerciante” por ser este su oficio. Habitaban en una pequeña aldea del Reyno de Jaén que se llamaba a la sazón Fuente Santa, nombre con el que la rebautizaron los cristianos cuando vinieron a instalarse entre nosotros, relegando al olvido el bello nombre de Funtayala “La fuentecica” que tan dulce sonaba a nuestros oídos.



Dedicábase Harúm, hombre refinado y educado, al comercio de las especias, por lo que mil veces recorrió los caminos de Oriente, sorteando peligros y repeliendo asaltos de bandidos. Su destreza y habilidad en los negocios, y su honradez y buen trato le granjearon el favor de muchos poderosos, por lo que a lo largo de su vida fue acumulando alguna riqueza, que junto a la que le legaron sus antepasados le habían hecho acreedor de una de las mayores fortunas del Reyno de Jaén.

Durante este tiempo, mensajeros a caballo y a pie, recorrían veredas, cañadas, caminos y calzadas, a lo largo y ancho de toda la geografía peninsular haciendo público y leyendo en plazas y calles el decreto de expulsión de todos los conversos. Finalmente después de más de ocho siglos viviendo aquí la amenaza se cumplía, en unos días todos tendrían que partir llevando consigo sólo algunos enseres, los infractores serían castigados con su vida.

La noticia llegó hasta los oídos de Harúm, no daba crédito a lo que le decían, por un momento pensó volverse loco, pasó horas mesándose cabellos y barba, las lágrimas brotaban de sus ojos como si fuesen surtidores. Fueron muchas las horas, durante las cuales no pudo reprimir la ira y el desaliento que le embargaban. No le fue fácil sose-garse, sólo su fortaleza física y su capacidad mental, le hicieron volver en sí, pensó que puesto que no podía partir con todos sus bienes al obligado destierro, debía de urdir un plan para que sus riquezas no fuesen a parar a las arcas del mezquino y avaro Duque de Lerma.

Vilipendiado en el fondo de sus entrañas, avivó la imaginación tanto como le fue posible, con el fin de burlar a aquel a quien ya tenía como su más directo y enconado enemigo.

El plan era fácil, ocultar todas las riquezas y algún día volver a por ellas. Al llegar la medianoche, en el más profundo sigilo, cargó los serones de su recua de acémilas, con grandes cajas de madera en las que había depositado su tesoro, y sin que nadie advirtiera su presencia, se dirigió al lugar conocido como Peñón del Ajo, donde cavó un foso de grandes dimensiones en el que fue depositando las cajas una a una, hasta que todas estuvieron dentro, cuando finalizó volvió a cubrirlo de tierra y lo disimuló, tanto como le fue posible, mediante hierbas secas y piedras que fue esparciendo sobre toda la tierra removida. La aurora se le echaba encima por lo que apresuró el retorno sin dejar de mirar hacia detrás, con la promesa y la firme intención de volver algún día a recuperarlo.



A los pocos días Harúm era obligado a embarcar en Almería hacia lejanas tierras, en el buque del dolor y de la humillación, junto a miles de personas con los corazones destrozados, que dejaban su tierra y su hogar, para aventurarse hacia lo desconocido. Aunque Harúm había conseguido burlar al Duque, y partía con la esperanza del regreso, nunca más pudo volver, sus ojos nunca más volvieron a contemplar Funtayala, su olfato jamás volvió a deleitarse con el olor a campo de la jamila recién extraída de la aceituna, sus oídos dejaron para siempre de recibir los dulces cantos, los melodiosos trinos y los gorjeos de los ruiseñores revoloteando entre los juncos de los arroyos en los que tantas veces se remojó con su agua fresca y cristalina. Su tesoro permaneció oculto y sepultado en las entrañas de la tierra.

En su lecho de muerte, yo Mayid, al que llaman “El Halconero” le prometí que cumpliría con su promesa, pero el destino es ciego, no entiende de bondades y a veces nos depara ingratas sorpresas, una maldita flecha emponzoñada lanzada por un perro cristiano acabó con mi vida, cuando ya vislumbraba mi destino, dando comienzo a mi calvario. Desde aquel día mi alma vaga sin rumbo ni destino, maldita y errante, a la espera de que alguien rompa el maleficio y encuentre el tesoro.

Durante años, han sido muchos los que infructuosamente han intentado la búsqueda del preciado tesoro sin que hasta la fecha nadie haya conseguido encontrarlo. Sin embargo, son pocos los que al llegar la medianoche osan adentrarse por estos parajes, pues aseguran que se oyen lamentos y gritos de almas y espíritus errantes a la búsqueda del tesoro de Harúm.

Fuente: Tradicional.

Leyenda del "Peñón del Ajo" de Fuensanta



Destierro de Harum. Dibujo de Gabriel Gómez Almenzar.